

el cual inauguró su reinado haciendo la guerra á los moros. Las tropas castellanas llegaron por un lado hasta los muros de Granada, y por otro se apoderaron de Gibraltar; pero el rey, influido por ideas humanitarias muy opuestas á la realidad de los tiempos y á las urgencias del Estado, hizo inútiles estas victorias, esquivando encuentros decisivos por temor de que fuesen muy cruentos. La nobleza, tan mal preparada por hechos anteriores á respetar la persona del monarca, halló en esto motivo para malquerer y despreciar á Enrique IV. Poco después surgió nueva ocasión de renovar antiguas luchas. Don Enrique no logrando sucesión de su primer matrimonio con Doña Blanca de Navarra, se divorció de ella y casó en segundas nupcias con Doña Juana, infanta de Portugal. Durante seis años fué también estéril esta unión, y la voz pública atribuía la culpa á defecto orgánico del rey, que por esto comenzó á ser conocido con el nombre de *El Impotente*. Al cabo de los seis años, dió á luz la reina una niña, que se llamó Juana, como su madre. La opinión vulgar, y muchos nobles especialmente, mantuvieron la opinión de que la princesa nacida no era hija del rey, sino del favorito de éste y de Doña Juana, llamado Don Beltrán de la Cueva, á quien se suponía amante de la reina. La especie era imposible de probar, y lo cierto es que el propio Don Beltrán la desmintió con sus actos, peleando años después en contra de la misma á quien se suponía hija suya. Las Cortes juraron por sucesora del trono á la princesa Doña Juana, comúnmente llamada, en virtud de la suposición de su origen, *La Beltraneja*, y también la reconocieron los dos hermanos del rey Don Enrique, los infantes Don Alfonso y Doña Isabel.

No se conformaron con esto muchos de los nobles, bien porque realmente creyesen en el ilegítimo origen de Doña Juana, bien porque hicieran de esto arma contra el favorito, cuyo encumbramiento les molestaba, como años antes el de Don Alvaro. Lo cierto es que formaron una Liga, cuyo objeto era apoderarse de la persona del rey—como había sucedido tantas veces ya en Castilla,—y matar á Don Beltrán. Fracasó el plan, los nobles conjurados se declararon entonces en franca rebelión, exigiendo por medio de carta de muy insolentes tonos que se revocase el reconocimiento de Doña Juana como heredera de la

corona, por no ser hija legítima del rey, con otras pretensiones de carácter político. Don Enrique, en vez de hacer frente á tan injuriosa y grave pretensión, se atemorizó ante la actitud de la Liga, pidió acomodamiento y firmó al cabo la declaración de heredero á favor de su hermano Don Alfonso, destituyendo así á Doña Juana y asintiendo tácitamente á su deshonra. El infante Don Alfonso, á pesar de haber reconocido antes á Doña Juana, no tuvo ahora escrúpulo en aceptar el nombramiento en provecho propio.

395. La lucha política.—Destronamiento de Don Enrique.—Olmedo.—Aparentemente, la lucha entre el rey y la nobleza no tenía otro fundamento que la ilegitimidad supuesta de Doña Juana. En el fondo era más grave, pues continuaba la oposición fundamental entre el principio unitario y ordenador del Estado, representado por el monarca, y el principio anárquico y perturbador de los señores. Las pretensiones de ellos, según veremos en el lugar oportuno, eran esencialmente políticas, imponiendo reformas en la legislación que aumentasen los privilegios de la nobleza. El mismo Enrique IV lo comprendió así. Desde un principio trató de crear una nueva nobleza—como ya hicieron en parte otros reyes—que contrarrestara el poder de la antigua, por deber al monarca su origen inmediato. Por desgracia, carecía Don Enrique de condiciones de carácter para sostener su derecho, y el propio prestigio de la dignidad real hallábase muy quebrantada, á causa de los pasados disturbios y flaquezas, de que habían salido gananciosos los nobles. Comprendió el rey, á poco de haber cedido á los de la Liga, la gravedad que esto entrañaba, y trató de remediarlo (como hacen, por lo común, los espíritus débiles, cuando pasado el momento de peligro advierten las consecuencias de su debilidad) desdiciéndose de ello. Declaró, pues, nulo lo pactado; pero, como era lógico, dado el estado de las cosas, los nobles no sufrieron esta anulación de su triunfo. La lucha se acentuó con mayores caracteres políticos. Extremábanse las pretensiones: se discutía abiertamente la autoridad real. Muchos sacerdotes (obispos entre ellos) predicaban el derecho de deponer al rey malo, mientras otros defendían la obediencia pasiva al monarca. Al fin, los nobles dieron el último paso. Reunidos en

Avila con el infante Don Alfonso, proclamaron á éste rey y depusieron á Enrique IV, cuya efigie, colocada sobre un tablado, fué sucesivamente despojada de los atributos reales, y al cabo arrojada al suelo.

Semejante desprecio á la persona del rey produjo inmediata reacción en favor de Enrique IV. Muchas ciudades acudieron á la defensa de éste; y aunque Don Enrique dilató el venir á las manos, tratando de negociar arreglos con el marqués de Villena, jefe de los sublevados y antes favorito del rey, al fin se dió una batalla en los campos de Olmedo, en que vencieron las tropas reales (1467).

La guerra continuó, sin embargo, apoderándose los rebeldes de Segovia, donde estaba la infanta Isabel. La repentina muerte del infante Don Alfonso, candidato de los nobles (quizá envenenado), paralizó momentáneamente la obra de la sublevación; pues, aunque le fué ofrecida la corona á la infanta Isabel, ésta se negó á admitirla mientras viviera su hermano Don Enrique, si bien la reclamaba, una vez muerto, por no reconocer la legitimidad de la *Beltraneja*.

396. Tratado de Guisando.—Doña Isabel y Don Enrique.—Sobre la base de esta declaración de Doña Isabel, los nobles propusieron al rey volver á su obediencia si reconocía á la infanta como heredera del trono. Se avino á ello Don Enrique; y reunidos ambos hermanos en el monasterio de Jerónimos situado en el campo de Guisando, firmóse un tratado en aquel sentido, por el cual nuevamente confesaba el rey el adulterio de su esposa. Protestó ésta, como era natural, atacada juntamente en su honra y en el derecho de su hija, creándose grave conflicto para Don Enrique. Terminó éste por el rompimiento del tratado de Guisando, que hizo el rey (1470), en mucha parte enojado por haber Doña Isabel rechazado el matrimonio que su hermano le proponía con el Rey de Portugal, y haberse casado con el infante Don Fernando de Aragón (1469). Todavía mediaron intentos de reconciliación, que no cuajaron; muriendo en 1474 Don Enrique sin haber resuelto de una manera decisiva la cuestión de sucesión á la corona: si bien el último acto positivo de su vida fué la mencionada revocación del tratado de Guisando y el reconocimiento de

Doña Juana como heredera. Con esto, quedaba planteada la guerra civil.

397. Guerra civil.—Reconocimiento definitivo de Doña Isabel.—Apenas muerto Don Enrique, fué proclamada reina en Segovia Doña Isabel; pero muchos nobles—entre ellos algunos, como el arzobispo de Toledo, que antes figuraba en el partido de la infanta—creyeron ilegítima la proclamación y se levantaron en defensa del derecho de Doña Juana, reconocida por su padre. Buscóse el apoyo del rey de Portugal, prometiéndole en matrimonio á Doña Juana, y encendióse la guerra con ayuda de muchas ciudades que se declararon en favor de la hija de Don Enrique, no sin que ésta tratara antes de resolver la cuestión por el arbitraje de una Junta magna de los tres brazos de Cortes. La lucha fué, sin embargo, ventajosa para Doña Isabel, cuyos combatientes vencieron en dos importantes batallas, la de Toro y la de Albuera. El rey de Portugal desistió de sus pretensiones, y se ajustó á poco (1479) un tratado de paz, mediante el que se reconocía por reina á Doña Isabel. Aunque se concertó igualmente el matrimonio de Doña Juana con el infante Don Alfonso, niño de pocos años á la sazón, la hija de Enrique IV prefirió entrar en un convento.

Así terminó la cuestión dinástica y comenzó el reinado legítimo de Isabel I.

ARAGÓN, CATALUÑA Y VALENCIA

398. Los hijos de Jaime I.—Sabemos ya que Don Jaime dividió sus reinos al morir, dejando el de Aragón (con Cataluña y Valencia) á Pedro, tercero de este nombre, y Baleares á Jaime. De este reparto nació la vida independiente de las islas durante bastantes años, aunque no se rompieron por completo los lazos entre Mallorca y la Península, según veremos. Si por este lado no parece muy sensata la política de Don Jaime—puesto que lo que más importaba en aquellos tiempos era concentrar el poder,—debe alabarse su solicitud en procurar mayor engrandecimiento al reino, casando á Don Pedro con Constanza, hija del rey de Sicilia, Manfredo. De este matrimonio derivan los derechos de los reyes de Aragón á parte de

Italia, derechos que tanta influencia ejercieron en la política militar por muchos años. Con esto, oponía también Don Jaime una fuerte alianza á la constituida por el matrimonio de la condesa de Provenza (tierra tan estrechamente ligada á Cataluña, como hemos visto) con Carlos de Anjou, de la Casa Real francesa.

399. Política interior de Pedro III.—El primer acto del nuevo rey fué, al coronarse, afirmar su independencia respecto del Papa, negando así, conforme á la tendencia dominante en el pueblo y en la política real, el valor de aquel vasallaje concedido por Pedro II. Su declaración hace constar que no recibía la corona del obispo de Zaragoza, porque así fuera necesario, ni por la Iglesia Romana, ni contra ella.

Apenas coronado, tuvo Pedro III que atender á la lucha constante contra la nobleza. El primer motivo lo ofreció la discutida sucesión al Condado de Urgel. El rey, que ya se había señalado siendo infante por su rencor contra los nobles, combatió al pretendiente Armengol X, si bien esta guerra duró poco, terminándola un convenio por el cual se declaraba aquél feudatario de Pedro III. La lucha renació bien pronto por otro lado. La nobleza catalana se confederó toda contra el rey (1280), no se sabe á punto fijo por qué causa concreta. El rey sitió á los sublevados en la villa de Balaguer, ayudado por soldados de las milicias municipales. En Balaguer había 300 nobles, y al frente de ellos el conde de Foix. Al cabo, los sitiados, viendo que el pueblo no los secundaba, se rindieron; y el rey, aunque tuvo en prisión desde luego á los jefes principales, los soltó bien pronto, mediante pacto de feudo é indemnización de daños causados. Por este tiempo, el hermano del rey, Jaime, á quien su padre dejó el Rosellón y Mallorca, firmó (1278) el reconocimiento de recibir sus Estados en feudo de Pedro III, á quien transmitía, para él y sus sucesores, el dominio directo. Esta declaración no fué bien recibida por los súbditos de Jaime, y él mismo protestó contra ella años después, diciendo que la había firmado por miedo. Por su parte, Pedro III establecía relaciones amistosas con Castilla y con Portugal, casando con el rey portugués Dionis á la infanta Isabel de Aragón, que luego fué Santa Isabel. La guerra con los moros de Valencia, que seguía

empeñada á la muerte de Don Jaime I, como sabemos, la terminó Don Pedro expulsando á muchos de aquéllos del reino valenciano.

400. Política exterior.—Túnez.—Sicilia.—Don Jaime I había sido aliado de El-Mostansir, rey moro de Túnez, el cual pagaba tributo al de Aragón. Al morir El-Mostansir, fué usurpado el tronó por uno de sus hijos, á quien no correspondía, y Pedro III aprovechó la ocasión para intervenir en la política tunecina. Envió para esto una expedición (1280) al mando de un marino siciliano, Coral ó Conrado de Llansa; y el resultado de ella fué establecer el protectorado de Aragón sobre Túnez, con el derecho de cobrar un tributo y la mitad de la contribución sobre el vino, de tener en la capital un alcalde (caballero aragonés ó catalán) para los cristianos, y cónsules catalanes en Bugía y Túnez, y que aquél llevase la bandera de las cuatro barras á la cual había de rendirse iguales honores que á la del país. Este notable triunfo diplomático, mediante el cual se afirmaba la influencia aragonesa en África, fué el precedente lógico de nuevos sucesos que tuvieron por teatro el reino de Sicilia.

Comprendía éste la isla así llamada y parte del territorio de Nápoles; y, aunque en poder de los hijos del emperador alemán, Federico III, era disputada su posesión por la Santa Sede, cuya lucha en Italia contra el poderío de los emperadores alemanes duró, como es sabido, largo tiempo. Buscando el Papa una manera de reivindicar el derecho que creía tener á los territorios sicilianos, los ofreció á Carlos de Anjou (§ 398), á condición de que los rescatara del poder de los alemanes y se declarara luego feudatario del Papa. Aceptó Carlos, se dirigió contra el regente de Sicilia, Manfredo, y logró vencerlo y matarlo. Igual suerte cupo al sobrino de Manfredo, Conradino, á quien correspondía propiamente la corona. Vencido en una batalla, fué luego decapitado (1268). Estos sucesos habían de mover justamente los sentimientos de Pedro III, casado, según hemos visto (§ 398), con una hija de Manfredo. No se sabe hoy todavía con certeza si desde entonces comenzó ya el rey de Aragón á preparar la conquista de Sicilia, ni si se entendió desde luego con los sicilianos, descontentos, por la usurpación de Carlos de Anjou, que suponía el triunfo del partido papal y también

por su gobierno tiránico, que el propio Papa Clemente IV censuró enérgicamente. Los que creen que hubo inteligencias entre ellos, ó, cuando menos, ánimo preconcebido en Pedro III de disputar á Carlos (y por tanto al Papa) el dominio de Sicilia, suponen que la misma expedición á Túnez (hecha en 1280, años después de la muerte de Conradino), era ya un primer paso para la guerra, dada la proximidad de Túnez á la isla. Sea lo que fuere de esto, un año después, en 1281, se hicieron poderosos armamentos en Aragón, reuniendo en la desembocadura del Ebro una escuadra de 140 buques y un ejército de 15,000 hombres. El rey de Francia, alarmado, envió embajadores para conocer la intención que guiaba á Pedro III, el cual contestó evasivamente; si bien lo ostensible era realizar una expedición á Constantina, en África, cuyo gobernador había pedido el auxilio del rey de Aragón, contra el sultán. La escuadra se hizo en efecto á la mar con las tropas (1282) y se dirigió á la villa de Alcoyll, en la costa berberisca, de la cual se apoderó el ejército aragonés, fortificándose en ella y sosteniendo durante algún tiempo la guerra con los naturales del país. Estando así, llegó una embajada de sicilianos—que poco antes se habían sublevado contra el rey Carlos en las famosas Visperas Sicilianas (31 de Marzo de 1282)—pidiendo el apoyo de Pedro III. Aceptó éste, creyéndose con derecho, por parte de su mujer, al trono de Sicilia, y se dispuso á pasar á la isla. Las condiciones eran inmejorables, ya obedeciesen ó no á cálculo premeditado. Hallábase el rey de Aragón á poca distancia de Sicilia y con ejército y armada de gran poder. En Agosto del propio año, 1282, desembarcó Pedro III en Trápani.

401. Conquista de Sicilia.—Guerra con Francia y desavenencias con el Papa.—Costó poco al rey de Aragón apoderarse de Sicilia. Carlos de Anjou se refugió en la Península, al otro lado de Mesina. Siguiéronse varios combates navales y terrestres, favorables á las armas aragonesas. En Febrero de 1283, Pedro III era dueño de toda la costa de Calabria. Carlos de Anjou, desesperado por estas derrotas, acudió al medio (tan usado entonces) del duelo, retando al de Aragón. Aceptó éste y se fijó como sitio Burdeos, y como día, el 1.º de Junio de 1283. Llegada la época de verificarse el desafío, supo Don

Pedro que el rey de Francia, en connivencia con el de Inglaterra, cuya era la plaza de Burdeos, le preparaba asechanza, habiendo reunido tropas para hacerle prisionero con los caballeros que llevase. Para evitar este peligro, y cumplir además su palabra, Don Pedro se dirigió disfrazado á Burdeos, se cercioró allí de la trama urdida contra él y de que el gobernador no garantizaba la seguridad del rey de Aragón y sus acompañantes, y, dándose entonces á conocer en el mismo campo del duelo, hizo levantar acta de haber estado en él y marchó inmediatamente, llegando al fin á Tarazona no sin grave riesgo de ser cogido por los partidarios del rey de Francia. Continuaba mientras tanto la guerra en Italia, con gran fortuna para Aragón, cuyo almirante, Roger de Lauria, que alcanzó gran notoriedad, consiguió derrotar á la escuadra enemiga en Malta y en Nápoles, cogiendo prisionero al hijo de Carlos de Anjou, Carlos el Cojo (Junio de 1284). Nuevos peligros amenazaban á Aragón. El Papa, que no podía perdonar á Pedro III la conquista del reino de Sicilia, y que sostenía, además, las pretensiones originadas por la cesión de Pedro II, declaró á aquél privado de sus Estados, relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad, y los concedió á Carlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia (Mayo de 1284). En Enero de 1285 moría Carlos de Anjou, dejando sin jefe la guerra de Italia (por estar prisionero su hijo), y poco después los franceses invadían Cataluña. A esta invasión había dado carácter de Cruzada el Papa.

Hallaron los invasores apoyo en el rey de Rosellón y Mallorca, Don Jaime (hermano de Pedro III, según es sabido), aunque algunas plazas fuertes resistieron, como Salses y Coplliure, defendiendo la causa de Aragón y Cataluña. Don Pedro, por su parte, no hallaba completa unanimidad en sus reinos para la defensa. Algunos nobles y eclesiásticos, y varios pueblos del Ampurdán, ó se apartaron de la causa del rey ó pusieron dificultades para ir á su defensa. Los franceses penetraron en el Ampurdán por un paso del Pirineo mal guardado, y en poco tiempo se apoderaron de casi todo el país, coronándose rey, en el castillo de Ller, Carlos de Valois, que sitió luego á Gerona. Resistió ésta valientemente, dando tiempo á que llegase la armada de Roger de Lauria, llamada por Don

Pedro, y á que, por falta de alimentación y exceso de gente, se desarrollase en el ejército francés una epidemia que causó muchas víctimas. Dióse una batalla naval, en que salieron vencedoras las armas de Aragón, si bien la victoria quedó manchada con graves crueldades ejercidas sobre los prisioneros heridos. Inutilizados así los socorros por mar del ejército francés y enfermo el propio rey Felipe, comenzó la retirada, funesta para los invasores. El ejército aragonés-catalán, apostado en el puerto pirenaico de Panissars, dejó pasar libremente tan sólo al rey de Francia, pero cayó sobre el resto de las tropas haciendo gran carnicería. Siguió la guerra en Rosellón, y con ella los motivos de enemistad entre Aragón y Francia, manteniendo Don Pedro como prisionero al infante francés Carlos el Cojo. Poco después murió Don Pedro (11 de Noviembre de 1285), mientras se dirigía contra Mallorca, al mando de su hijo, una expedición. Declaró el rey antes de morir, que devolvía al Papa el reino de Sicilia.

402. Alfonso III.—Cuestiones internacionales.—Esta declaración de Pedro III no tuvo eficacia alguna. Ninguno de sus hijos pensó en abandonar el nuevo reino de Italia, á cuyo frente quedó el segundogénito Jaime, mientras el primogénito Alfonso ceñía la corona de Aragón-Cataluña, reteniendo también la posesión de Mallorca hasta 1295, en que fué devuelta á Jaime II después de ratificado el pacto de infeudación y homenaje. En Italia seguían luchando las armas aragonesas-catalanas y las francesas, si bien con la independencia que daba ahora á Sicilia su constitución en reino aparte del aragonés. Facilitó esto á Don Alfonso III la transacción de sus diferencias con Francia, á lo cual apremiaban otras naciones de Europa, en especial Inglaterra. Pactóse al fin, en 1288, una paz (de Campfranch) cuyas principales condiciones en punto á Aragón eran: la revocación de la investidura del reino hecha por el Papa á favor de Carlos de Anjou; el reconocimiento del señorío sobre Mallorca y el Rosellón; la libertad del prisionero Carlos el Cojo mediante indemnizaciones y nuevos rehenes, y la posesión de Sicilia para Don Jaime. Puesto en libertad Carlos, ni el rey de Francia ni el Papa cumplieron lo pactado, renovándose las amenazas de guerra por parte de aquél en connivencia con el destronado

monarca mallorquín Don Jaime, al paso que en Sicilia seguía la lucha. Una nueva paz, concertada en Tarascón (1291), terminó el conflicto, pero con gran pérdida para los derechos aragoneses; porque, si bien el Papa revocó la donación hecha á Carlos de Valois, fué á condición de que Don Alfonso pagase el censo de Pedro II con todos sus atrasos. Don Alfonso se comprometía á pedir á su hermano la devolución de Sicilia, ó á pelear contra él si no la cumpliese. Este mismo rey conquistó, en Enero de 1286, la isla de Menorca, acabando con la soberanía nominal y el puro vasallaje que hasta entonces tuvo (§ 329).

403. Cuestiones interiores.—El Privilegio de la Unión.—

Las guerras y los peligros exteriores á que había estado sometido el reino de Aragón durante tantos años, no consiguieron desvanecer, ante el interés común, la lucha interna constante entre la nobleza y el rey. Recuérdense los trastornos que hubo de reprimir en los primeros años Pedro III; recuérdese que durante la misma invasión francesa se vió abandonado y traicionado por varios nobles. Sólo la energía indomable del gran rey había podido afrontar y vencer tales dificultades. Ahora, con Alfonso III, de menos temple y condiciones que su padre y abrumado por tantas complicaciones de carácter internacional, demasiado graves para su genio, el peligro era mayor y podía temerse que se doblegara la corona á las pretensiones señoriales; como así ocurrió, en efecto.

La *Unión* de nobles aragoneses que en reinados anteriores había pretendido imponerse al rey, insistió ahora en sus propósitos. Tomó como pretexto de disgusto, según parece, el hecho de que Don Alfonso comenzara á titularse rey antes de jurar las leyes y fueros. Cumplido este requisito en Cortes, los nobles exigieron el reconocimiento de nuevos privilegios que aumentaban su poder. No quiso concederlos por el pronto Don Alfonso; pero los nobles persistieron en su actitud, requiriéndole para que volviese á Aragón, amenazándole con disturbios si no concedía los privilegios pedidos, conspirando para entregar el reino á Carlos de Valois y procediendo como verdaderos soberanos, pues llegaron incluso á enviar embajadores á otros Estados de Europa. El rey adoptó, en un principio, temperamentos enérgicos, condenando á muerte á varios de los revoltosos; pero,

no logrando con esto sino exacerbar el conflicto, necesitando de la paz interior para afrontar las dificultades gravísimas del exterior y careciendo de energía para imponerse, hubo de ceder á la Unión, otorgándole el *Privilegio* de este nombre (1287), en que el rey se obligaba á no matar ni mandar matar á ningún noble ni procurador, y reconocía la Justicia como juez medio, con otras limitaciones que rebajaban la autoridad real. De este modo Alfonso III dejaba comprometida la suerte de la Corona en el interior, como la había comprometido en el exterior con la paz de Tarascón.

404. Jaime II.—Terminación de la lucha con el Papa y con Francia.—Por una de esas combinaciones tan frecuentes en la vida, fuente de todo imprevisto, murió Alfonso III sin hijos y vino á sucederle su hermano Jaime, el rey de Sicilia, contra el cual se había comprometido á combatir aquél. Don Jaime se coronó rey de Aragón y Cataluña; pero, no obstante el tratado de Tarascón, lejos de desamparar la isla, dejó allí á su hijo Fadrique, como soberano. Renovóse con esto la guerra entre Aragón y Francia, pero duró bien poco. Don Jaime era favorable á la paz, y á ella empujaba también el Papa Bonifacio VIII. Se firmó al cabo en Aguani (5 de Junio de 1295), en condiciones tan vergonzosas como el tratado de Tarascón. Renunció el rey á sus derechos sobre Sicilia; y como fuera de recelar que ni los sicilianos ni el propio Don Fadrique se avendrían á esto, comprometióse el rey á luchar con su hijo para devolver la isla al Papa. Este, por su parte, anuló todas las sentencias de excomuni6n que pesaban sobre los reyes aragoneses, y la Casa de Francia renunció á todos sus pretendidos derechos. Poco después logró Don Jaime que la iglesia le cediese el derecho á las islas de Córcega y Cerdeña (1297) en compensaci6n de la de Sicilia, pero como feudatario de la Santa Sede y pagando á ésta un censo; siendo preciso, además, que conquistase por su cuenta las dichas islas. Por último, se pactó y celebró el matrimonio de Don Jaime con Doña Blanca de Anjou, hija del rey francés.

Todo esto no hizo sino transportar la guerra á otra parte, más grave aún. El temido conflicto con Sicilia estalló al punto. Los sicilianos, viéndose desamparados por el rey de Aragón, se declararon independientes y eligieron por nuevo rey á Don Fa-

drique. Entonces comenzó una larga guerra entre padre é hijo, con varia fortuna; hasta que, cansados todos de la lucha, temerosos los de Anjou de nuevas complicaciones, por haber roto la alianza con ellos el Papa, se llegó á un convenio de paz (1302) por el cual se reconocía rey de Sicilia á Don Fadrique, casándose éste con Doña Leonor, hija de Carlos de Anjou, y comprometiéndose á que la corona siciliana no pasase á sus hijos, sino á su suegro, el cual le daría una compensaci6n. A pesar de esto, Sicilia continuó por muchos años en poder de la familia real aragonesa.

405. Sucesos en la península.—Conquista de Cerdeña.—Aparte de las complicaciones que el asunto de Sicilia trajo, tenía Don Jaime otras preocupaciones de orden político en la Península. Eran éstas las desavenencias con Castilla por causa de la guerra de sucesi6n promovida á la muerte de Don Alfonso X entre Don Sancho y los infantes de la Cerda, refugiados en Aragón (§ 381). Don Jaime luchó por la parte de Murcia, y al cabo obtuvo el reconocimiento de propiedad en todo el norte de esta regi6n. Poco después, lograba que el rey de Francia le devolviese el valle de Arán, que detentaba aquél hacia años, y á la vez realizaba nuevas alianzas matrimoniales, casando á su hija Isabel con el duque de Austria, luego emperador, Federico el Hermoso (casamiento de grandes consecuencias diplomáticas en la lucha con el Papado); á su hijo segundo, Alfonso, con una sobrina del conde de Urgel, cuyos Estados heredó, casándose él propio, por muerte de la reina Blanca de Anjou, con María, hija del rey de Chipre. Las adquisiciones territoriales de la casa real se redondearon años después por nuevos casamientos y herencias, siendo nombrado rey de Mallorca un nieto de Don Jaime, y recayendo los condados de Ribagorza y Ampurias en su hijo Pedro. La isla de Cerdeña, cedida por el Papa, según hemos visto, fué conquistada en 1323-24 por el infante heredero Don Alfonso, no sin que hubiera que luchar mucho contra los pisanos que la poseían. En la tradicional contienda política interior, Jaime II logró reducir en parte los privilegios de la nobleza, y en especial las prerrogativas alcanzadas por el Justicia Mayor en tiempo de Pedro III y que cedían en beneficio de aquélla.

406. La expedición de catalanes y aragoneses á Oriente.—**El ducado de Atenas.**—La terminación de la guerra de Sicilia fué causa de un suceso glorioso dentro de las costumbres militares y aventureras de la época, suceso conocido en la historia con el título que encabeza estas líneas. La falta de ejércitos regulares, pagados normalmente por los Estadós, como hoy ocurre, daba origen á que, terminada una guerra al calor de la cual se acumulaban en determinada región miles de hombres, quedaran muchos de éstos sin ocupación, constituyendo—sobre todo si no eran del país, como sucedía á menudo—un verdadero peligro para la seguridad del territorio en que se hallaban. De estas tropas inactivas se formaban con frecuencia bandas de salteadores ó de conquistadores, que peleaban por su cuenta ó vendiéndose al mejor postor. Con estos antecedentes, se comprenderá que todo el mundo tratase de sacudir semejante plaga, facilitándole la salida para otros territorios, como ya vimos que hicieron respecto de las Compañías blancas, el Papa y el rey francés (§ 385) en época próxima á la que nos ocupa.

El rey de Sicilia, Don Fadrique, trató también de librarse de los soldados aventureros que en gran número habían quedado en la isla, después de la paz de 1302. Para ello sugirió á uno de los jefes, llamado Roger de Flor, que acudiera en auxilio del emperador de Constantinopla, Andrónico, en grave apuro entonces por los ataques de los turcos, que se habían apoderado de todas las posesiones bizantinas del Asia. Aceptó la idea Roger, y acudió á Constantinopla con 1,500 hombres de á caballo, 4,000 almogávares y 1,000 peones, embarcados con 36 buques que prestó Don Fadrique (1303). El emperador concedió en seguida á Roger el título de Megaduque, y le casó con una hija del rey de Bulgaria.

La campaña contra los turcos comenzó en breve, consiguiendo grandes victorias en el Asia Menor Roger y sus compañeros. La noticia de estos triunfos y de los honores concedidos al jefe de la expedición, atrajo nuevos aventureros catalanes, aragoneses y navarros, que realizaron dos expediciones más, mandadas por Berenguer de Rocafort y Berenguer de Entenza. El emperador, en recompensa del buen éxito de

la campaña, que le libraba por el pronto de los turcos, dió á Roger el elevado título de *César*, transmitiendo á Entenza el de *Megaduque*, cediéndoles además toda la Anatolia (parte asiática del Imperio) con sus islas, para que la repartiesen entre los caballeros de la expedición (1305).

Tanto favor, aunque merecido, excitó la envidia de los cortesanos griegos, y, con ellos, del príncipe heredero Miguel. De esta envidia nació el complot merced al cual fueron asesinados traidoramente en un banquete Roger y muchos de sus oficiales, con 1,300 hombres que le acompañaban. Esta matanza se repitió en la ciudad de Galípoli, donde estaba otro grupo de catalanes y aragoneses, y en Constantinopla, donde había otro con el almirante Fernando de Ahones. Quedaron con esto las tropas de Roger reducidas á unos 3,300 hombres y 200 caballos; pero en lugar de acobardarse estos sobrevivientes, se encendieron en ánimos de venganza—célebre en la historia con el nombre de *Venganza catalana*—y atacaron á los griegos, derrotándolos varias veces, saqueando é incendiando muchas poblaciones. Rivalidades sobrevenidas entre los varios jefes—á los cuales se vino á unir por algún tiempo el infante de Sicilia, Fernando, investido por el rey de la suprema autoridad—inutilizaron políticamente estos triunfos y dieron nuevo giro á la expedición.

Llamados por el duque de Atenas para que lo libertasen de enemigos que le atacaban, fueron allá catalanes y aragoneses, con algunos turcos auxiliares. Sacaron al duque del peligro en que estaba; pero la traición de éste, que intentó hacer con ellos lo que el emperador había hecho antes, les impelió á tomar por la fuerza la capital y ponerse bajo el dominio y protección del rey de Sicilia. El rey D. Fadrique aprovechó la ocasión y envió como soberano á su segundo hijo Manfredo, con el cual se fundó el Ducado catalán-aragonés de Atenas, que duró desde 1326 á 1387 ú 88, constituyendo una extraña y gloriosa terminación de las proezas de aquellas compañías de aventureros salidas en 1303 de Sicilia y con las cuales paseó triunfante por primera vez en Asia y en Grecia, la bandera de Aragón y Cataluña.

407. Alfonso IV el Benigno.—A la muerte de Jaime II, ocurrida en 1327, le sucedió su hijo Alfonso, durante cuyo rei-

nado ningún hecho notable hubo de ocurrir. La guerra contra Pisa y Génova por la posesión de la Cerdeña, continuó por tierra y mar, sin consecuencias importantes. El rey, casado dos veces, intentó dividir su reino para favorecer al infante Don Fernando, hijo del segundo matrimonio. Creó con este motivo un marquesado, llamado de Tortosa por comprender esta población además de extensos territorios del reino de Valencia (desde Castellón hasta Albarracín, Alicante y Orihuela); pero, habiéndose opuesto á esta medida la opinión pública, especialmente de los valencianos—que repugnaban la desmembración y el recaer bajo el dominio de un príncipe de origen castellano (la madre de D. Fernando era Doña Leonor, hermana de Alfonso XI) siendo así que, como país fronterizo, Valencia estaba en pugna frecuente con Castilla,—obligaron al rey á desistir de su empeño, á que le movía la reina. Esta continuó haciendo política en favor de sus hijos y en contra del primogénito y heredero de la corona, Don Pedro; mas, dotado éste de singular energía, que se reveló desde los primeros años, ganó bien pronto la simpatía popular. Doña Leonor, al ver que se aproximaba la muerte de su marido Don Jaime, huyó á Castilla con sus hijos, por miedo de que el nuevo rey tomase represalias de las persecuciones sufridas.

408. Pedro IV.—Guerra con los moros.—Reincorporación de Mallorca y Rosellón.—En 1335 comenzó á reinar el infante Don Pedro, cuarto de este nombre, muy parecido en carácter á su contemporáneo castellano Pedro I: enérgico, traicionero y cruel como éste, aunque menos áspero de forma y más hipócrita y guardador de las apariencias, por lo que se le dió el mote de *El Ceremonioso*, cualidades todas que estaban en el ambiente de su siglo inmoral, pero que servían admirablemente á los fines políticos que tanto el uno como el otro de ambos monarcas perseguían. Pedro IV fué más afortunado que Pedro I; y en la lucha capital con la nobleza, venció, según veremos, evitando para en lo sucesivo tan lamentables ocurrencias como las de los reinados de Enrique III, Juan I y Enrique IV de Castilla.

Los primeros años de Pedro IV los llenan la guerra con los moros y la guerra con Mallorca para conseguir la anexión. La

primera se hizo en la Península, en unión con Alfonso XI de Castilla, para rechazar la invasión de los Benimerines, dando por resultado la gran victoria del Salado (§ 377). La segunda fué provocada por Don Pedro en su ambición de dominar sobre las Baleares, reintegrando la unidad del Estado aragonés, rota por el testamento de Jaime I. Aprovechó el rey las pretensiones de Francia á la plaza de Montpellier, que pertenecía al de Mallorca, para apurar á éste con un capítulo de agravios, como señor feudal que era de él, en vez de ayudarlo, según aquél pedía. El mallorquín Jaime III acudió á Barcelona (1342) sometiéndose al proceso; pero como no convenía la sumisión á Don Pedro, fingió éste que el de Mallorca había conspirado contra su vida, y lo acusó de alta traición, secuestrando también á la esposa de Don Jaime. Rompióse con esto la amistad y vasallaje entre ambos monarcas, y el de Aragón se dirigió á conquistar la isla de Mallorca (1343), lo cual consiguió fácilmente. En seguida se dirigió contra el Rosellón, y también obtuvo victoria, obligando á someterse á Don Jaime y obteniendo así el dominio de este territorio. Don Pedro prometió en Cortes no separar jamás del Estado aragonés los territorios reincorporados: Rosellón y Baleares (29 de Marzo de 1344). Jaime III murió años después (1349) en una desgraciada operación que hizo á Mallorca con ánimo de recuperar su reino. Un hijo de este rey Jaime IV, renovó años después los intentos de recobrar el Rosellón, y luchó aliado con Pedro I de Castilla; pero nada pudo conseguir, y falleció en 1375, no se sabe si de muerte natural ó envenenado por Pedro IV.

409. Luchas interiores con la Unión.—Revocación del Privilegio.—Continuaba latente, como sabemos, la enemiga entre la Corona y la nobleza, secundada esta última en sus pretensiones anárquicas por algunas ciudades. El menór pretexto había de hacer estallar nuevamente la lucha. Ese pretexto lo dió el rey desposeyendo á su hermano Jaime, Procurador general del reino y presunto heredero de él (por no tener Don Pedro hijos varones), de estos títulos, para hacer jurar heredera á la infanta Constanza. Llevaron muy á mal la medida los nobles de Aragón y de Valencia (donde residía Don Jaime), unos y otros, como dice un historiador, «muy susceptibles y